

CAPÍTULO III

El horóscopo.

La mano que entregó Luisa era la izquierda, aquella en que los magos antiguos y modernos pretenden averiguar los secretos de la vida.

Antes de mirarla por dentro, la bruja contempló por un instante el revés de aquella mano encantadora, bien como se contempla, sin que uno se resuelva á abrirlo, un libro que va á descubrirnos algo desconocido y extraordinario.

Durante este examen la albanesa murmuró:

— Dedos finos, delgados y sin nudos; uñas rosadas y puntiagudas; mano de artista destinada á hacer brotar armonías de todos los instrumentos, ya de las cuerdas de una lira, ya del fondo del corazón.

Volviendo, después, aquella mano palpitante que contrastaba tan maravillosamente con el color bronceado y las puntiagudas formas de la suya, en sus labios se dibujó una sonrisa de orgullo que animó su rostro.

— ¡ Ah ! ¡ no me equivocaba ! exclamó.

Luisa fijó en ella una mirada ansiosa, y Miguel se acercó al grupo formado por Nanno y su hermana de leche, bien como si comprendiese la significación de aquellos signos quirománticos.

Comencemos por el pulgar, continuó la bruja; en este dedo se resumen los otros signos de la mano. El pulgar es el agente principal de la voluntad y de la inteligencia; los de estrecha inteligencia, los que son idiotas, nacen ordinariamente sin pulgares, ó los tienen atrofiados ó de forma extraña; los epilépticos, al sufrir una crisis, cierran el pulgar antes que los demás dedos, y para conjurar el mal de ojo se extiende el índice y el auricular, y se esconde el pulgar en el interior de la mano.

— Esto es verdad, hermana mía, interrumpió el lazzaroni; he ahí lo que yo hago cuando la desgracia me pone frente á frente del canónigo Jorio.

— La primera falange del dedo pulgar, continuó la hechicera, indica la voluntad. Esta primera falange de vuestro dedo es corta; por consiguiente, sois débil, carecéis de voluntad y sois fácil á la seducción.

— ¿ Queréis que me enfade ? interrogó la San Felice, sonriendo al escuchar una explicación tan poco lisonjera sin embargo de ser exacta.

— Veamos ahora el monte de Venus, dijo la

hechicera; y extendió su uña, parecida á un garfio córneo engastado en ébano, apoyándola en la parte redonda y carnosa que es la base del pulgar. Esta parte de la mano en que se halla comprendido el instinto de la generación y los estímulos sensuales, está consagrada á la tiránica diosa: la línea de la vida la rodea como un arroyo que se desliza por la falda de una colina y la aísla por completo. La hermosa Venus, que presidió vuestro nacimiento y que semejante á esas mágicas hadas que sirven de madrinas á las jóvenes princesas, os distinguió con la gracia, la belleza, la armonía, la pasión por las bellas formas, el deseo de amar, la necesidad de agradar, la caridad, la benevolencia, la ternura, se muestra aquí más potente que en otra parte alguna. ¡ Ah ! ¡ si hallásemos tan favorables las otras líneas ! Á pesar de que...

— ¿ De qué ?

— De nada.

Luisa miró á la albanesa cuyas cejas se fruncieron.

— ¿ Hay más líneas que las de la vida ? preguntó la joven.

— Sí; hay tres: forman en la palma de la mano la *M* mayúscula, que para el vulgo es la primera letra de la palabra *Muerte*, signo que grabó la natu-

raleza para recordar constantemente su fin al hombre: la una es la línea de la vida, las otras son la del corazón, que se extiende desde el índice hasta el dedo meñique, y la de la cabeza que cruza la palma de la mano partiéndola en dos mitades.

Miguel se aproximó de nuevo prestando suma atención á lo que explicaba la albanesa.

— ¿ Y por qué, dijo, no me disteis estas explicaciones ? ¿ Por ventura creísteis que yo era demasiado obtuso para comprenderos ?

La hechicera se encogió de hombros. Luego, dirigiéndose hacia Luisa, continuó:

— Examinemos ante todo la línea del corazón; mirad cómo se extiende desde el monte Júpiter, ó sea desde la base del índice, al de Mercurio, ó lo que es lo mismo, hasta el arranque del dedo meñique. Esta línea, si es corta, revela felicidad; si es demasiado prolongada, como la vuestra, indica grandes sufrimientos. Cuando se rompe en Saturno, ó sea en el dedo del medio, como sucede en vuestra mano, denuncia la fatalidad; y cuando se ve en él ese color de grana subido, que forma contraste con lo blanco de la mano, revela amor ardiente, violento é irresistible.

— He ahí, Nanno, dijo sonriendo la joven, lo que

me impide creer en tus profecías; mi corazón se siente perfectamente tranquilo.

— Ya os dije que aun sois joven, replicó la hechicera. No: aun no es tarde; pero no está lejos el momento en que se realizará un gran cambio en vuestra existencia. Aquí veo otro signo funesto; mirad: la línea del corazón se junta entre el pulgar y el índice, con la de la cabeza... Esta es una mala señal; pero, sin embargo, quizá se vea combatida por algún indicio contrario en la otra mano. Dadme la derecha.

Luisa entregó á la sibila la mano que le pedía.

La hechicera movió la cabeza tristemente.

— ¡Ah! exclamó; ¡el mismo signo! ¡la misma unión!

Y permaneció triste y silenciosa, dejando caer la mano de la joven.

— ¿Por qué guardas silencio? interrumpió esta última. Tus predicciones no me dan miedo, porque ya te dije que no las creo.

— ¡Mejor! balbuceó Nanno entre dientes; ¡ojalá que mi ciencia se equivoque! ¡Ojalá que lo infalible sea falible!

— Pero ¿qué es lo que indica la unión de estas dos líneas?

— Indica herida grave, la cárcel, peligro de muerte.

— ¡Oh! si me amenazáis con los dolores físicos, Nanno, concluiré por desmayarme. Vos misma dijisteis que no era valiente. ¿Y dónde recibiré la herida?

— En dos sitios diferentes: en el cuello y en el costado, lo cual no deja de ser extraño.

Luego, dejando caer la mano izquierda como lo había hecho ya con la derecha, la gitana prosiguió:

— En fin... tal vez escapes á tu destino... ¡Esperemos, esperemos!

— ¡No, no, concluye! repuso Luisa. Toda vez que has empezado tu horóscopo, deseo que lo termines.

— Ya está dicho todo.

— Tu voz y tu mirada me indican lo contrario. Fuera de que tú misma dijiste que hay tres líneas: la de la vida, la del corazón y la de la cabeza.

— Ciertamente.

— Pero tú, sólo has examinado las dos primeras y falta aún la última.

Y, con un gesto imperativo, alargó la mano á la albanesa.

Ésta la cogió, y afectando la mayor indiferencia, dijo:

— Mira cómo la línea de la cabeza atraviesa la llanura de Marte y se inclina bajo el monte de la

Luna, lo cual significa ensueños, idealismo, imaginación, quimeras; en una palabra, la vida tal como es en la luna y no aquí.

De repente el lazzaroni dió un grito, en el cual vibraba la sorpresa.

— ¡Mira, Nanno, mira! dijo.

É indicaba con el dedo y con una expresión de terror, un signo que se veía en la mano de Luisa.

La hechicera volvió á otro lado la cabeza.

— Mira, continuó el joven; ¡Luisa tiene en el hueco de la mano el mismo signo que yo!

— ¡No seas imbécil! dijo la hechicera.

— Lo seré tanto como tú quieras; pero en medio de este signo hay una cruz, y esta cruz, según tú me dijiste, significa la muerte sobre el patíbulo.

Luisa exhaló un grito, y miró alternativamente á la bruja y al mancebo con aire azorado.

— ¿Callarás? repuso Nanno impaciente, dando una patada en el suelo.

— Repara, hermana mía, dijo Miguel abriendo su mano, repara como tenemos el mismo signo, la misma cruz.

— ¡Una cruz!... repitió Luisa palideciendo.

Después, cogiendo por el brazo á la hechicera, añadió:

— Miguel dice verdad. ¿Qué significa esto, Nanno?

¿Hay en la mano del hombre signos de distinta categoría, y lo que para unos es indiferente, es mortal en otros? Vaya, explícate, puesto que has empezado.

La bruja retiró con suavidad el brazo de entre los dedos que se esforzaban por retenerla.

— No hay que revelar cosas cuyo conocimiento es terrible, dijo, principalmente si esas cosas llevan el sello de la fatalidad y son inevitables á pesar de los esfuerzos de la voluntad y de la inteligencia.

Y luego, después de un momento de silencio, añadió:

— Se exceptúa, sin embargo, cuando la persona amenazada exige su revelación, en la esperanza de combatir la fatalidad.

— ¡Pues, exígela, hermana mía! interrumpió el joven; tú eres rica; tú puedes huir; quizá el peligro que corres no existe más que en Nápoles; ¡que te libres de él trasladándote á Francia, á Inglaterra, á Alemania!

— En este caso, ¿por qué no huyes tú? observó Luisa. ¿No dices que estamos en igual riesgo, y que los dos llevamos igual signo?

— ¡Oh! no es igual. Yo estoy encadenado á la Marinella, como el buey está encadenado á su yugo, y no me es posible dejar á Nápoles; yo soy pobre y

tengo que mantener con mi trabajo á mi madre.
¿Qué sería de la infeliz anciana, si yo la abandonase?

— ¿Y si mueres?

— Si muero, Luisa, se habrá cumplido la profecía de Nanno, y si se cumple, antes de morir llegaré á coronel. Pues bien: si alcanzo este grado, yo daré á guardar á mi madre todo el dinero que gane, y tan luego como me ahorquen, ella, naturalmente, heredará mis ahorros.

— ¡Coronel! ¡pobre hermano mío! ¿Y crees en la profecía?

— Supongamos que no se cumpla del todo; supongamos que en ella sólo haya de cierto la muerte. Mi madre es vieja; yo no poseo nada, y ni uno ni otro al morir perdemos gran cosa.

— ¿Y Asunta? preguntó sonriendo Luisa.

— ¡Oh! lo que es Asunta me causa mucha menos inquietud que mi madre. Asunta me quiere como una novia suele querer á su novio, y no como una madre ama á su hijo. Una viuda se casa y recibe el consuelo de su esposo; una madre jamás se consuela. Pero volvamos al riesgo que te amenaza; volvamos á ti, hermanita, á ti que eres joven, rica, bella y dichosa. ¡Oh! ¡Nanno! ¡Nanno! atiende bien lo que quiero decirte: ¡ó inmediatamente le revelas de

dónde le vendrá el peligro y lo que es indispensable hacer con objeto de evitarlo, ó yo me vengaré de ti!

La hechicera había cogido su manto y se disponía á echarlo sobre sus hombros.

— ¡Oh! dijo el mancebo levantándose con rapidez y cogiendo por la muñeca á la hechicera; no te irás de cualquier modo: lo que es á mí podrás decirme lo que te dé la gana; pero en cuanto á Luisa, mi hermanita, ya os otra cosa. Dijiste que mamamos la misma leche... Pues bien, yo, si es necesario puedo morir dos veces, una por mí y otra por ella; mas yo no permitiré jamás que se toque ni uno sólo de sus cabellos... ¿Has oído, Nanno?

Y ellazzaroni indicaba á Luisa que, pálida, inmóvil, angustiada, permanecía sentada en su sillón no sabiendo qué fe debía conceder á las profecías de la gitana, pero sintiéndose de todos modos violenta y hondamente conmovida por el conocimiento de los indicios que en ella había descubierto la hechicera.

— Por fin, dijo esta última acercándose á la joven; ya que ambos lo queréis, hagamos una tentativa; y por más que sea impiedad el luchar contra el destino, conjuremos la suerte si es que es posible conjurarla. Dadme vuestra mano, señora.

Luisa se la dió tan crispada y temblorosa, que Nanno tuvo que abrirle los dedos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1966 MONTERREY, MEXICO

29962

— He ahí, prosiguió esta última, la línea del corazón partida en dos mitades en el monte de Saturno; ahí está la cruz en medio de la línea de la cabeza; he ahí, por fin, la línea de la vida que está bruscamente cortada entre los veinte y los treinta años.

— ¿Y no adivinas de dónde viene el peligro? ¿No sabes cuáles son las causas contra las cuales se pudiera luchar? preguntó Luisa dominada por el terror que Miguel había terminado por comunicarle, y que el extravío de sus ojos, lo tembloroso de su voz y la agitación de su cuerpo revelaban de un modo hartamente elocuente.

— ¡El peligro viene del amor!... ¡siempre del amor! exclamó la gitana; ¡pero será un amor violento, irresistible, que traerá consigo la muerte!

— ¿Conocéis á quién debo inspirarlo? interrogó Luisa dejando de resistirse y de negar como si el acento de la gitana hubiese concluído por subyugarla.

— Todo en tu destino es misterioso y oscuro, respondió la hechicera: veo al que será causa de tu desgracia, pero no sé quién es. Le veo como un ser que no pertenece á este mundo... Es hijo del hierro y no de la vida... Espera; ha salido... ¡imposible! ¡ha salido, y sin embargo es cierto, del seno de una muerta!

Nanno permaneció con los ojos fijos como si quisiese leer en las tinieblas del pasado y en los misterios del porvenir: su pupila se dilataba como se dilata en la obscuridad de la noche la del gato y la del mochuelo. Al observar los movimientos de su mano se hubiera dicho que se esforzaba por separar de sus ojos algún velo invisible.

El lazzaroni y su hermana de leche permanecían asombrados; un sudor helado bañaba la frente de Miguel, y Luisa estaba más blanca que el peinador que la envolvía.

Haciendo por fin un supremo esfuerzo por sacudir el supersticioso terror que de él se había enseñoreado, Miguel dijo:

— ¡Ah! ¡cuán imbéciles somos dando oídos á esa vieja loca! Es muy posible que yo sea ahorcado, y hasta se comprende que así sea, porque soy ligero de cascos, tengo la sangre ardiente, y las contiendas y disputas no son raras entre los hombres de mi clase. De las palabras vienen los hechos, y cuando se tiene una navaja, el diablo la pone en la mano, se mata á un hombre, se me prende, se me encausa, se me condena, y maese Donato, el verdugo, me pasará la cuerda por la garganta y ¡pax vobis! Pero tú, hermana mía, prosiguió el joven dirigiéndose á Luisa; ¿qué es lo que tienes

que ver con el verdugo y el cadalso? ¿Qué crimen puedes cometer, ni aun soñar, con tu corazón de paloma? Porque, al fin y al cabo, no se mata á la gente así de cualquier modo, sino se ha cometido un delito. Fuera de esto aquí no se ajusticia á los ricos. ¿Quieres que te diga una cosa, Nanno? Á mí todo el mundo me llama Miguel el Loco; pues bien: de hoy en adelante dejarán de darme este nombre, y tú serás Nanno la Loca!

En este instante Luisa cogió á Miguel del brazo y señaló con el dedo á la hechicera.

Ésta permanecía inmóvil y silenciosa; pero su cuerpo se había encorvado hacia adelante como si empezase á distinguir algo en las tinieblas del misterio que poco antes velaban sus ojos; su nervudo cuello salía fuera del manto que había sujetado á sus hombros, y su cabeza se movía de derecha á izquierda como la de una culebra que acecha su presa.

— ¡Oh! exclamó de repente; ¡ya le veo!... ¡ya le veo!... Es un mozo de veinticinco años, de ojos y cabellos negros... Viene hacia aquí... se nos acerca... ¡Oh! también le amenaza un grave riesgo, un riesgo de muerte. Dos, tres, cuatro hombres le siguen con recato envueltos en las sombras de la noche... Estos hombres ocultan puñales debajo de

sus vestidos... ahora son cinco... ya veo seis...

Y de pronto interrumpióse, y como si una inspiración súbita le asaltara, dijo con cierta alegría:

— ¡Oh! ¡si le mataran!

— Y bien, exclamó Luisa aterrorizada y con el alma pendiente de los labios de la gitana; ¿qué sucedería si le mataran?

— Que quedarías salvada, porque él será la causa de tu muerte.

— ¡Oh, Dios mío! interrumpió Luisa juntando las dos manos, y tan convencida como si ella viese lo que Nanno pretendía ver; ¡defendedle, protegledle sea quien fuere!

En aquel mismo instante, se oyó, debajo de la ventana, una doble detonación.

Salvato había disparado sus pistolas contra los esbirros.

Luego se oyeron gritos, después una blasfemia, y en seguida, el choque del hierro contra el hierro.

De pronto, la doncella de Luisa entró con el rostro descompuesto y gritando:

— ¡Señora, señora! ¡detrás de las tapias del jardín, se asesina á un hombre!

— ¡Miguel! exclamó la joven tendiendo hacia su hermano de leche los suplicantes brazos; tú eres hombre, y llevas un puñal en el cinto. ¿Permi-

tirás que degüellen á un infeliz, sin socorrerle?

— ¡Voto á la Virgen! pues no faltaba otra cosa, dijo el mancebo.

Y ligero como un gamo, se abalanzó á la ventana para echarse á la calle; pero no bien la abrió cuando lanzó un grito y retrocedió dos pasos, diciendo con voz que ahogaba el terror:

— ¡Pascuale de Simone, el eshirro de la reina!

Y se escondió tras el pretil de la ventana.

— ¡Entonces, le salvaré yo! exclamó Luisa.

Y se dirigió hacia el jardín.

Nanno hizo un movimiento con intención de detenerla; pero luego se contuvo, y dejando caer los brazos:

— Anda, ve, pobre condenada, exclamó; ¡anda, y que se cumpla lo vaticinado por los astros!

CAPÍTULO IV

Antecedentes históricos

Son tan extraños los acontecimientos que vamos á referir, y tan singulares los personajes que vamos á poner en escena, que, antes de pasar adelante, creemos necesario decirles algunas palabras respecto de unos y otros.

Los sucesos á que aludimos tuvieron lugar entre los años de 1798 y 1800, en cuyo tiempo ocurrieron dos grandes hechos: la conquista del reino de Nápoles, por el general Championnet, y la restauración del rey Fernando, por el cardenal Ruffo. Championnet derrotó con 40,000 republicanos un ejército de 65,000 hombres, entrando en una capital de 50,000 habitantes, después de sitiárla tres días, y el cardenal Ruffo, saliendo de Mesina con cinco hombres, atravesó como una bola de nieve toda la península, desde Reggio hasta el puente de la Magdalena, entró en la ciudad de Nápoles al frente de 40,000 sanfedistas y devolvió el trono al rey ciado.